El bautismo de Juan

Comentario a Mc 1,4-8

San Marcos sitúa el comienzo de la Buena Nueva en el bautismo de Jesús. Jesús viene desde Nazaret de Galilea para encontrarse con el Israel fiel en las aguas del Jordán. El evangelista nos dice que toda la historia del pueblo elegido ha sido una preparación para este día. A lo largo de los siglos Dios ha invitando a su pueblo a preparar el encuentro con el Redentor. Los profetas han sido sus grandes colaboradores Todas las palabras de los profetas -también las amenazas y las condenas- se han orientado a preparar el encuentro con el Señor. Así los profetas han hecho grande a Israel. Han hecho grande a Israel en la dimensión religiosa y moral, que es lo importante; y lo permanente. Las demás grandezas -políticas, económicas, militares- están marcadas con el sello de la muerte.

Juan, el último de los profetas, es el que lleva a plenitud la vocación profética:

«Se presentó Juan el Bautista en el desierto predicando bautismo de penitencia para remisión de los pecados».

En las gentes que escuchan su voz están todos los israelitas justos que, a lo largo de los siglos, han acogido la invitación de los profetas a la conversión:

«Y salía a él toda la región de la Judea y los jerosolimitanos todos, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados».

Juan, como los grandes profetas de Israel, vive sólo para su misión. Todo en él manifiesta que lo único que le importa es cumplir la vocación a la que ha sido llamado, la de ser el precursor del Redentor:

«Y andaba Juan vestido de pelos de camello con una faja de cuero en torno de sus lomos, y comía langostas y miel silvestre. Y

predicaba diciendo: "Viene detrás de mí el que es más fuerte que yo, ante quien no soy digno de desatar, agachado, la correa de sus sandalias. Yo os bauticé con agua, mas Él os bautizará en Espíritu Santo"».

Juan sabe que el Redentor está ya allí. Es un hombre humilde, consciente de la grandeza del que viene. Juan sabe que con él termina la etapa preparatoria de la historia de la salvación, que ha llegado la consumación. Lo expresa con los dos bautismos: el de agua es tipo, el de Espíritu Santo, plenitud.

Juan es testigo de que la voz que ha resonado en Israel a lo largo de los siglos invitando a la conversión -tantas veces “voz del que clama en el desierto”- ha sido escuchada. Dice la Escritura: «Cuando se cumpla la palabra del profeta se reconocerá que le había enviado Yahveh de verdad» (Jer 28,9). El encuentro con el Redentor es el criterio para reconocer a los verdaderos profetas de Israel.

Juan es testigo de que la palabra de Dios es eficaz: «Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a Mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié» (Is 55,10s). En las aguas del Jordán se manifiesta la fecundidad de la palabra de Dios, que ha resonado a lo largo de los siglos invitando a la conversión. En Jesús de Nazaret la fidelidad de Dios a su palabra se encuentra con la confianza de Israel en la palabra de Dios. El fruto de ese encuentro es la Redención.

En el encuentro con el Redentor la palabra de los profetas alcanza la plenitud de sentido, de alcance y de eficacia. Jesucristo va a asumir la invitación de los profetas en el comienzo de su predicación, haciéndola universal, capaz de llegar a todo hombre. Cuando hoy una catequista prepara a un niño para la primera Comunión, de algún modo la voz de los profetas de Israel resuena en las palabras de esa mujer. Qué misterio tan admirable.

Marcos sitúa el comienzo de la Buena Nueva en el bautismo de Jesús. Eso significa que, desde la posición de cada uno de nosotros, el comienzo de la Redención es escuchar la voz de los profetas. Sólo si escuchamos su invitación a la conversión, al arrepentimiento y a la penitencia nos pondremos en camino hacia el encuentro con Jesucristo. Por eso sigue siendo fundamental escuchar a Juan Bautista. Tomándonos en serio la “voz que clama en el desierto” seremos cristianos. Lo demás es moralismo dulzón, culto encubierto del dios Mammón.

Juan conoce que también el Redentor va a entrar en la palabra de los profetas de Israel. Va a entrar en la invitación al arrepentimiento, no porque Él tenga algo de lo que arrepentirse, sino para acoger y hacer eficaz el arrepentimiento de los israelita; va a entrar en la invitación a la penitencia, no porque Él tenga pecado alguno, sino para cargar con el pecado de Israel y expiarlo. Va a entrar en el deseo de conversión de vida, no porque Él tenga que convertirse, sino para hacer posible la conversión de los justos del pueblo de Dios.

El bautismo de Juan se recibe una sola vez en la vida. Es un bautismo de inmersión. No se trata de un lavado que se puede reiterar. Si hubiera sido una mera lustración Jesús no se hubiera bautizado, porque Él no tiene nada de lo que ser lavado y el Señor no hace teatro. Sumergirse en las aguas es someterse al juicio de Dios confesando los pecados, para pertenecer a la comunidad escatológica de los perdonados por Dios. El bautismo de Juan se mueve en el horizonte del abismo, de las aguas profundas como hábitat de los poderes del mal; de las fuerzas que se oponen al obrar del Dios vivo y dador de vida y, por eso, lugar del caos, del pecado y de la muerte. Es una simbología que viene desde las cosmogonías sumerias del tercer milenio y que está muy presente en la Biblia, desde el libro del Génesis al Apocalipsis. El judío que acudía al bautismo de Juan lo hacía movido por el deseo de conversión; se sumergía en las aguas para dejar simbólicamente sus pecados, el hombre viejo, en las profundidades, y emerger como un hombre nuevo.

En este horizonte se entiende que Jesús se bautice en el Jordán. Él no tiene pecado; baja al Jordán para encontrarse con el

arrepentimiento de Israel, acogerlo, hacerlo eficaz y abrir el espacio del perdón, donde el israelita pueda ser perdonado y perdonar. Jesús baja al abismo para cargar con los pecados de Israel, expiar por ellos, y abrir el espacio de la penitencia, donde el israelita, con sus trabajos y sufrimientos, podrá reparar por el mal realizado. Jesús va al bautismo de Juan para abrir espacio a la conversión de Israel, y que la vida toda quede marcada con el sello de perdón.

Pero el bautismo de Juan es tipo del verdadero bautismo con el que Jesús será bautizado, que no será en el Jordán sino en el Calvario, que no será en agua sino en sangre, en su propia Sangre; un bautismo en el que descenderá al abismo, no de un modo figurado sino real: la sepultura y el descenso a los infiernos. Desde allí, desde las raíces del mal y del pecado realizará la Redención. Entonces podrá bautizarnos con en Espíritu Santo.